

napoleónicas dirigida al comandante general Guilleminot, no fué mas que un ardid del gobierno para destituirle y colocar en su puesto al duque de Bellune, ministro de la Guerra, que durante la campaña debía acompañar y vigilar al jefe de la expedición, el duque de Angulema, cuyas opiniones moderadas no gustaban al partido reaccionario fanático, pero Angulema conoció el plan y lo desbarató. Cuando el ejército expedicionario llegó al Bidasoa apareció, el 6 de abril, al otro lado un grupo compuesto de unos 120 refugiados franceses y 30 ó 40 italianos, mandados por el comandante Fabvier, que llevando uniformes y escarapelas del tiempo de Napoleón, había salido de Irun, creyendo inocentemente que el ejército francés al ver los emblemas del imperio se entusiasmaría y se pasaría á ellos; pero en lugar de esto fueron ahuyentados con unos cuantos metrallazos. Al día siguiente pasó Angulema con 60,000 hombres el río fronterizo, mientras el mariscal Moncey penetraba con 30,000 en Cataluña. Esta vez fueron recibidos los batallones franceses, no como las legiones de Napoleón, por caras adustas y miradas siniestras, sino como amigos, y por la población vascongada, realista casi toda, como libertadores.

Los revolucionarios españoles se portaron en frente de la invasión de un modo por demás lamentable (1); el desaliento había hecho enmudecer las fanfarronadas. No hubo preparativos militares serios ni resistencia en ninguna parte, excepto en Cataluña, donde Mina cumplió varonilmente con su deber, y en cambio continuaron las disensiones entre masones y comuneros.

Antes de pisar el ejército francés el suelo español resolvieron las cortes el traslado del gobierno y de la familia real á Sevilla; pero el rey, deseoso de abrazar á sus libertadores, se resistió y fingió estar enfermo, como un muchacho travieso. Las cortes no admitieron el certificado del médico, diciendo «que el movimiento sería, muy al contrario, favorable á la salud del rey,» y así tuvo que salir el 20 de marzo para la capital de Andalucía.

En todos los puntos donde se presentaron las fuerzas francesas, se evaporó la autoridad constitucional. A la voz de sus curas y frailes se había levantado la nación española contra Napoleón, pero la libertad constitucional era para ella un mero sonido que nada le decía. En Madrid derribó el pueblo la lápida de la constitución y devastó el salón de las cortes; el verdugo quemó el busto de Riego, las casas de los liberales fueron saqueadas por la muchedumbre servil, y mas habría hecho si los franceses no hubiesen llegado el 23 de mayo y restablecido el orden.

Para evitar que los liberales se llevasen al rey mas lejos, no se detuvieron los franceses mas de lo preciso y se dirigieron á Sevilla con toda la rapidez posible; pero apenas hubieron traspuesto la Sierra Morena cuando supieron que el gobierno había pasado con el rey á Cádiz, también por fuerza, porque Fernando VII no quiso seguir tampoco esta vez, pero las cortes nombraron una regencia y se lo llevaron. En Cádiz le devolvieron una sombra de autoridad, pero en Sevilla, el populacho, apenas se vió libre del gobierno, le proclamó rey absoluto y cometió las atrocidades consiguientes.

Los generales con mando en las provincias abandonaron uno tras otro la causa de la constitución, Morillo en Galicia, Ballesteros en Andalucía, los demás se sometieron; solo Mina se sostuvo hasta el último momento, y cuando todo había concluido capituló en Barcelona, el 1.º de noviembre (2).

(1) Hay que exceptuar al valiente San Miguel, que derramó noblemente su sangre, á Mina y á los soldados y oficiales subalternos.

(2) Segun Vaulebelle, escritor francés y autor de la *Historia de las dos Restauraciones*, la bandera blanca no obtuvo en esta ocasion ningun-

La gran dificultad consistía en establecer un gobierno ordenado en semejantes circunstancias críticas, porque entre los mismos realistas no había union, y por otro lado Villèle había encargado á Angulema, como jefe de la expedición, que se abstuviese en absoluto de toda ingerencia en los asuntos interiores del país, lo cual era equivalente, segun vió Angulema, á entregar el país en manos de los reaccionarios mas fanáticos. En efecto, de estos se componía la junta provisional que al instante se había formado para cuidarse de lo mas urgente é indispensable, y su primer acto de gobierno fué anular todo cuanto había dispuesto el gobierno constitucional y restablecer las cosas absolutamente en el estado anterior al 7 de marzo de 1820, hasta que el rey expresara su voluntad tan luego como hubiese recuperado su libertad de acción. Cuando Angulema entró en Madrid dejó libres á los españoles de arreglar su gobierno interior como mejor les pareciese, pues así cumplía con las instrucciones que había recibido. En su consecuencia los miembros del antiguo consejo de Castilla y de Indias nombraron un gobierno provisional en lugar de la junta existente, pero este gobierno se compuso como la junta, de absolutistas fanáticos y estúpidos, que nombraron ministro de Negocios extranjeros á un individuo que había sido confesor del rey, y formaron un cuerpo de *voluntarios realistas*, especie de ejército de la fe, con la hez del pueblo, los cuales dirigidos por el fanatismo fueron durante diez años, con sus excesos, una calamidad horrible para el país. Además el gobierno provisional restableció el diezmo y todas las instituciones eclesiásticas y monacales; ordenó la restitucion de todos los bienes á los conventos y á los jesuitas; declaró á todos los que habían obligado al rey á hacer el viaje, culpables de alta traición y de lesa majestad, pretexto magnífico para confiscar sus bienes y llenar los calabozos, y no pocos murieron degollados por los voluntarios realistas y la plebe, solo porque alguien les llamara liberales. Esto sucedía en Madrid en presencia de la guarnición francesa, pero donde faltaba esta era peor, y en una comunicacion de Angulema se lee: «En los puntos ocupados por nuestras tropas podemos conservar la paz á duras penas, pero donde no estamos nosotros se degüella, se incendia, se saquea y se roba.» Todo el empeño de Angulema para contener el ciego furor de la regencia fué inútil, ni siquiera fué escuchado, y con gran dolor suyo tuvo que permanecer mero espectador de todas las iniquidades del fanatismo, porque las tres potencias mismas, contentísimas con el restablecimiento del absolutismo en España, aplaudían hasta sus desvaríos. Metternich no cabía en sí de contento; se había reconciliado con la intervencion francesa desde que vió los resultados, y escribió en 30 de abril: «Viena está ahora á orillas del Ebro; los progresos de las operaciones militares de los franceses en España producen aquí la misma impresion que si fuesen victorias austriacas.» Villèle, cuya idea oculta pero constante había sido obligar al rey Fernando á conceder á la nación española una constitucion por el modelo de la francesa, no tuvo mas remedio que dejar hacer por grande que fuese contra su convicción. Los embajadores de las potencias del Norte cerca del gobierno francés reconocieron al gobierno provisional español ó sea la regencia con la condicion de que no tratara con las cortes; el mayor temor de aquella junta de embajadores era que la restauracion del rey Fernando VII indujera al gobierno provisional de Madrid á hacer algunas concesiones liberales. Sobre esta contingencia llamaron la atencion de la regencia aconsejándola que no concediera nada, y así lo dieron á entender al

na gloria militar. El oro francés y la division de los españoles dieron la victoria á la intervencion, que llegó hasta Cádiz sin disparar un tiro. (N. del T.)

gobierno francés, con arreglo á las instrucciones que Metternich había dado al embajador austriaco en Paris, diciendo en su despacho de 23 de marzo de 1823: «Sería desviar de su objeto la obra del congreso de Verona, dirigida contra la revolucion española, si (por medio de concesiones liberales) se la reconociera y autorizara. Los gabinetes (de la Santa Alianza) que no se hallan como el ministerio francés, trabajados por intrigas ni compromisos, jamás podrán hacerse cómplices de tan grave falta (1).» Por esta razon el gobierno francés autorizó á Angulema á apresurar la rendicion de Cádiz por medio del dinero, á cuyo fin le concedió un crédito ilimitado, pero con la condicion expresa de no hacer concesiones políticas (2).

De esta manera consiguieron los franceses, á los tres meses de cerco, apoderarse del Trocadero en la noche del 31 de agosto. En el asalto distinguióse notablemente el príncipe de Cariñan, que arrepentido de sus conexiones con los liberales piemonteses y de haber proclamado, obedeciendo á su presion, la constitucion española del año 1812, había tomado parte en la expedicion realista francesa (3). Siendo inútil ya toda resistencia ulterior, las cortes concedieron en 29 de setiembre permiso al rey para pasar al campamento francés á fin de alcanzar allí las condiciones de rendicion mas favorables posibles. Esto en cuanto á las cortes; para que no se opusiesen á su salida ni el pueblo ni las milicias, Fernando VII prometió por *propio impulso y bajo su real palabra* una amnistía general; pero apenas se vió seguro entre los invasores, publicó un decreto, con fecha 1.º de octubre, en que anuló todas las disposiciones del llamado gobierno constitucional, confirmó en cambio las adoptadas por la regencia de Madrid, condenó á muerte en garrote vil á los tres regentes nombrados en 11 de junio por las cortes, y nombró ministro universal provisional á su confesor Saez. En otro decreto desterró á quince leguas de Madrid y de toda otra residencia real á todos cuantos habían ocupado asiento en las cortes durante el gobierno constitucional, así como á todos los funcionarios principales nombrados por las mismas cortes. Angulema, impotente para detener la corriente reaccionaria y vengativa, regresó á Francia, escribiendo á Villèle al anunciarle su resolucion: «Mi conciencia está limpia y no digo mas, pero le aseguro que no habrá barbaridad que no se cometa.»

Así sucedió al pié de la letra. El populacho acaudillado por curas y frailes, rabioso, sediento de sangre, de destruccion y de botín, se precipitó, como inmensa bandada de fieras desenjauladas, sobre todos cuantos tenían fama de liberales, es decir, sobre la parte ilustrada y acomodada de la nación. La emigracion de los que pudieron huir tomó grandes proporciones. Riego fué preso, llevado á Madrid y ejecutado como un criminal, insultado y vilipendiado por el populacho que pocos meses antes le había idolatrado. En diez y ocho dias murieron fusilados ó en el cadalso 118 personas, y no parecía

(1) *Papeles póstumos de Metternich*, tomo IV, pág. 43.

(2) El crédito ilimitado ya le tenía Angulema desde que entró en España. (N. del T.)

(3) De una entrevista que tuvo con Metternich escribió este: «No quiere ser ya el maniquí de sus amigos de antes, á quienes conoce hoy á fondo; me ha contado de los liberales cosas que jamás había oído, y me ha revelado otras muy importantes relativas al comportamiento del duque de Angulema (*) y de su cuartel general nada recomendable.... Me ha dicho: «He sido engañado completamente; hoy ya no quiero serlo y no lo seré. Hoy ya conozco al liberalismo y sus prohombres y me repugnan.»

(*) Alude á que Angulema facilitó la evasion de las personas mas comprometidas.

sino que una mitad de la nación española estaba ocupada en prender, encerrar ó desterrar á la otra. Los mismos protectores de Fernando VII se espantaron de su demencia sanguinaria y suicida; ni el representante de Rusia, Pozzo di Borgo, pudo atajar las barbaridades estúpidas del rey y de su favorito Ugarte. La amnistía fué dada, pero de tal manera que fué un nuevo acto de venganza. El único temor que tenía el rey era la marcha de los franceses con que Chateaubriand le amenazó, diciendo en un despacho al embajador francés en Madrid con fecha 17 de enero de 1824: «La paciencia de Luis XVIII ha concluido; tanto él como su gobierno están cansados de ver pagados sus sacrificios solo con ingratitudes (4);» pero el rey apenas hubo asegurado por medio de un tratado la próroga de la ocupacion francesa, prescindió de toda consideracion debida á sus protectores y al mismo clero. Desde entonces fué el gobierno solo un nido de intrigas enmarañadas de la camarilla y el partido ultramontano, al cual pertenecían también la misma reina y la hermana del rey, la princesa de Beira. Fernando VII, que sabia todo esto y no ignoraba el objeto del bando llamado apostólico, cuyo jefe era el hermano del rey y heredero presunto del trono, el infante don Carlos, supo manejarse con mucha habilidad para entretener á este partido peligroso de modo que no llegase nunca á tomar una decision extrema y funesta.

La abolicion de la constitucion española fué seguida de cerca por la de la portuguesa. Pocos dias antes de la entrada de los franceses en Madrid, el infante don Miguel, de acuerdo con su madre Carlota, la perversa hermana de Fernando VII, levantó el estandarte de la rebelion en Villafranca, en Portugal, la tropa se pronunció á su favor y proclamó el régimen absolutista. El rey Juan VI, carácter bondadoso pero débil, pasó á Villafranca y declaró allí que era necesario modificar la constitucion, lo cual implicaba la disolucion de las cortes. Don Miguel fué nombrado general de los ejércitos, y gracias á la Inglaterra no pasó de allí la reaccion, pero á falta de otra cosa mejor se contentaron con esto las potencias reaccionarias continentales y reanudaron con el gobierno portugués las relaciones diplomáticas, hasta entonces interrumpidas.

Los hombres de la Santa Alianza podían mirar con orgullo su obra. En todo el continente el principio absolutista había quedado dueño del campo y las miserias de los defensores del principio constitucional llenaban á sus contrarios de orgullo insolente, sin que ninguno de ellos llegara á sospechar que con la restauracion de una tiranía estúpida y maligna con el carácter de ley divina infligian al principio monárquico una herida terrible. El éxito de su empresa los cegaba; Chateaubriand, entre otros, se abandonó á las exageraciones mas fantásticas; ya veía á la Francia, con el auxilio del czar, dueño de la frontera del Rhin, fundidas la Iglesia romana y la cismática griega y trasformadas las colonias españolas en monarquías borbónicas.

Fernando VII, por su parte, lisonjeóse también de que podría someter otra vez á las colonias rebeldes por medio de una accion comun de las potencias europeas, y estas no creían su victoria completa mientras subsistiera la posibilidad de que el espíritu democrático, engendrado en la América española, se comunicara á Europa. Pero cuando la Santa Alianza trató de ahogar el germen revolucionario en aquellas regiones lejanas, se le quebró el arma con que iba á dar el golpe.

(4) Chateaubriand, *Congreso de Verona*, tomo II, pág. 332.